

do sus fuerzas, y atraerla suave y poderosamente á la vez, para que de virtud en virtud se eleve hasta llegar á la vision de Dios en Sion (1).

La gracia, hermanos, nos convida; pero no nos fuerza, no nos priva de nuestra libertad. Como ella procede del amor libre de Dios, así quiere ser aceptada por el amor libre del hombre. Dios con ella nos dice: Hijo, dame tu corazon (2), para que yo le purifique y le haga segun mi corazon: dame tu corazon, esto es, ámame, porque yo amo á los que me aman para colmarlos de mis tesoros (3). Dios ilumina, habla, inspira, da los auxilios necesarios para la conversion y santificacion del hombre; pero si éste, resistiéndose, tapa sus oidos, cierra sus ojos y endurece su corazon, el don de Dios deja de obrar en el alma sus efectos, y por su resistencia permanece en su miseria y prepara su ruina, poniendo en boca de Dios estas terribles palabras: Tu perdicion á causa de ti mismo (4); te he llamado, y no me oiste (5); un dia me buscarás y no me encontrarás, y morirás en tu pecado (6). Al contrario, si abriendo su corazon á la gracia con que le visita el amor divino, se entrega dócil á su accion, y corresponde á sus impresiones, cambio admirable se obra en él, segun la palabra del mismo Dios: hé aquí que estoy á la puerta y llamo, si alguno me abre, entraré y cenaré con él y él conmigo (7); esto es, se establecerá comunicacion íntima entre nosotros.

(1) Psalm. LXXXIII, 8.

(2) Prov. XXXIII, 26.

(3) Id. VIII, 17.

(4) Oseæ XIII, 9.

(5) Isai. LXVI, 4.

(6) Joann. VII, 34; VIII, 21

(7) Apoc. III, 20.

Cuando Dios previene con su misericordia al hombre que vive bajo el yugo de la concupiscencia, y cediendo éste á la accion de la gracia, le franquea la puerta del corazon, brilla en el alma con viveza la luz de la fe, que disipa las tinieblas del error y las sombras seductoras con que las pasiones ocultaban el desórden y la fealdad del vicio, y ejercitándose en ella, á la vez que descubre su miseria y su pecado, y se avergüenza de sí misma, poseida del temor de Dios á quien ha ofendido, siente la benéfica impresion de la esperanza en la misericordia de quien con amor le llama, prometiendo perdonarle por los méritos de su Hijo, que tomó sobre sí nuestras culpas para prepararnos esa misericordia con su sacrificio (1). Lloro entonces el hombre, y detesta su pecado que le llevó hasta el desprecio de Dios, á quien la fe le presenta como el sumo bien; y dando entrada en su corazon al amor de quien tanto le ama y tanto merece ser amado, se arroja en sus brazos como el pródigo en los brazos de su padre. Y Dios, que es Padre, y una y cien veces repite que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (2); Dios, que por tanto tiempo ha disimulado los pecados (3), y los toleró con paciencia, dando lugar á que el extraviado volviese á él por la penitencia (4); Dios, cuyo amor se ostentó ya tan grande apareciendo con su gracia á quien no le buscaba, y extendiendo sus brazos á quien le contradecía (5), consuma esa obra de amor, borrando el pecado y haciéndolo desaparecer como si no hubiera existido, admitiendo á su amistad á quien era su

(1) Isai. LIII, 4, 5.

(2) Ezech. XXXIII, 11.

(3) Sap. XI, 24.

(4) II Petr. III, 9.

(5) Rom. X, 20, 21.

contrario, blanqueando á su alma como la nieve (1), y haciendo aparecer en ella la hermosura de la divina semejanza con la vida de la gracia, que justifica al hombre y le hace santo.

¡Qué bondad, hermanos, la de Dios, que visita con su gracia al pecador! ¡Qué felicidad la del pecador, que abre su corazón á la gracia que le lleva á Dios! ¡Qué efectos tan admirables los de la gracia en el hombre por ella justificado! Fijémonos en ellos; porque al hablar de ese don de Dios, no hemos de considerarle solo en cuanto es un auxilio actual con que Dios excita y ayuda al hombre para conseguir su justificación, para perseverar en ella resistiendo á los embates de sus enemigos, que en incesante lucha le trabajarán toda su vida, haciéndole exclamar como á San Pablo: ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? (2) y para hacer obras meritorias de la vida eterna. Hemos de pasar adelante, y considerarla en el hombre justificado y amigo de Dios, puesto que el designio misericordioso del Padre, enviando á su Hijo á la tierra, no fué solo redimir á los que estaban bajo la ley del pecado, sino levantarlos á la adopción de hijos de Dios (3). Por ello dijo Jesucristo que ha venido para que los hombres tengan vida, y vida más abundante (4); y San Pablo nos enseña, que por los méritos del Redentor, donde abundó el pecado, sobreabunda la gracia (5). Por ello también los Apóstoles en sus cartas, no se contentan con decir que por Cristo Jesús logramos la remisión de nuestros pecados (6), sino que se esfuerzan en desar-

(1) Isai. I, 18.

(2) Rom. VII, 24.

(3) Gal. IV, 5.

(4) Joann. X, 10.

(5) Rom. V, 20.

(6) Coloss. I, 14.

rollar á la vista de los fieles el magnífico cuadro de su acción regeneradora y vivificante por la gracia, que nos hace vivir en sociedad con Dios (1); y San Pablo deseaba ardientemente y pedía á Dios que todos comprendiesen, para aprovecharse de ellas, las inestimables riquezas de la gracia, que había recibido la misión de predicar (2).

¿Qué es, pues, esta gracia que llamamos santificante? Es, dice el Catecismo Romano, una cualidad divina infundida en el alma, y en ella inherente, y un como resplandor y luz que disipa todas sus manchas, y la hace más y más hermosa (3), santa, agradable á Dios, hija suya y heredera de la vida eterna. Es la vida divina comunicada al hombre en su inteligencia, en su corazón y en todo su ser, para que la vida del hombre sea un símil de la vida de Dios.

Hé aquí por qué en cuanto por los méritos de Jesucristo se nos concede la primera gracia que nos saca de la esclavitud de la culpa, y logramos con la remisión de nuestros pecados la verdadera justificación, que hace desaparecer las antiguas manchas, queda nuestra alma investida de esa gracia que la santifica (4), de esa cualidad divina que la hace agradable á Dios, porque brilla en ella de nuevo su imagen y semejanza, hija suya adoptiva, objeto de sus complacencias, miembro vivo de Jesucristo, de quien recibe esa comunicación de su vida (5), templo del Espíritu Santo (6), que la enriquece con sus dones, difundiendo la caridad en el cora-

(1) Joann. I, 3.

(2) Ephes. I, 17.

(3) Catecismo Rom., p. 2, c. 2, n. 50.

(4) I Cor. VI, 11.—Conc. Trident., sess. 6, c. 7.

(5) I Cor. VI, 15.

(6) Id. id., 19.

zon (1), y segun la sublime expresion de San Pedro, participante de la divina naturaleza (2).

Escuchad las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: Si alguno me ama, guardará mis preceptos, porque su voluntad estará unida á la mia, y mi Padre le amará, y vendremos á su corazon, y en él pondremos nuestra morada (3). ¡Qué grandeza, Señores! Dios nos ama y habita en nosotros. Por ello decia San Juan: El que permanece en la caridad, está en Dios y Dios en él (4). Dios en nosotros, y habitando en nosotros con Dios, que siempre obra, esto es, como fuente inagotable de vida; como luz purísima y sin sombra (5), que ilumina al entendimiento; como fuego ardentísimo de caridad, que inflama el corazon; como potencia á que nada resiste y que fortalece al alma; como principio de todo movimiento y de toda accion, que suave y fuertemente nos impele á la virtud; como amor que se comunica para consumir todo afecto menos santo y transformar en sí al amado; como fin último y único objeto capaz de llenarnos, y que arrebatando al alma le hace exclamar como al Rey Profeta: ¿Qué hay para mí en el cielo, y qué quiero de tí sobre la tierra? El Dios de mi corazon, Dios, que es mi herencia para siempre (6).

¡Qué grandeza, repito! Con razon llama San Juan á esta gracia semilla de Dios (7). Con razon dice de ella San Pedro, que es el mayor y más precioso de los do-

-
- (1) Rom. V, 5.
 (2) II Petr. I, 4.
 (3) Joann. XIV, 23.
 (4) I Joann. IV, 16.
 (5) Id. I, 5.
 (6) Psalm. LXXII, 25, 26.
 (7) I Joann. III, 9.

nes (1). Con razon exclama el Angel de las escuelas: El don de la gracia excede todas las facultades naturales, no siendo otra cosa que una participacion de la divina naturaleza. Dios solo puede darla: él solo puede deificar al hombre, comunicando el consorcio de su naturaleza por una participacion de semejanza (2). Con razon, en fin, nos dice San Leon: ¡Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y levantado por la gracia á tanta altura, no quieras volver á la vileza del pecado, viviendo de una manera indigna de tu noble carácter! Acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. Piensa que libertado de la potestad de las tinieblas, has sido trasladado á la luz de Dios y á su reino. Por el bautismo has sido hecho templo del Espíritu Santo: no quieras ahuyentar con tus malas obras á ese huésped divino, y de nuevo someterte á la esclavitud del diablo, porque tu precio es la sangre de Cristo, que como te redimió con misericordia, así te juzgará con verdad (3).

¿Pero esto, Señores, se reduce á una hermosa teoría, como tantas otras que forman un bello ideal con que se alimenta la imaginacion? Ah, no: es un hecho, y un hecho vivo, palpitante, sin el cual no se explica la historia de la humanidad, desde la aparicion del cristianismo.

(1) II Petr. I, 4.

(2) Donum gratiæ excedit omnem facultatem naturæ, quum nihil aliud sit quam quædam participatio divinæ naturæ.... sic enim necesse est quod solus Deus deificet, communicando consortium divinæ naturæ, per quamdam similitudinis participationem, sicut impossibile est quod aliquid igniat nisi solus ignis. (*S. Thom.* 1, 2, q. 112, art. 1.)

(3) Agnosce, o christiane, dignitatem tuam: et divinæ consors factus naturæ, noli in veterem vilitatem degeneri conversatione redire. Memento cujus capitis et cujus corporis sis membrum. Reminiscere quia erutus de potestate tenebrarum, translatus es in Dei lumen et regnum. Per baptismatis Sacramentum, Spiritus Sancti factus es templum. (*S. Leo.* Serm. 1 de Nativ. Dom.)

Explicad sin ese *quid divinum* la transformacion de la sociedad pagana, que no vivia sino del orgullo y la sensualidad, doble expresion del egoismo en la sociedad cristiana, cuya ley es el sacrificio del orgullo y la sensualidad en aras del amor divino. Explicad el cambio repentino de Saulo en Pablo; del perseguidor en el Apóstol; del hombre que respira amenazas y muerte, en el hombre que desea ser anatema por sus hermanos; del enemigo de Jesus en el ministro fiel que dice: Toda mi gloria es Jesus crucificado (1). Explicad la transformacion de Agustin filósofo, lleno de orgullo y víctima de la sensualidad, en el cristiano humilde, en el hombre penitente que pasa del amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, al amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo. No hallareis otra explicacion que la de San Pablo: Por la gracia de Dios soy lo que soy (2). Ella es la que me libra de la tiranía de la concupiscencia (3); ella la que me da el querer y el obrar con buena voluntad (4); ella la que me une á Dios y me hace un mismo espíritu con él (5). La gracia es la que ha formado y forma los héroes de la humildad, de la abnegacion, de la pureza y del sacrificio, arrancándolos tal vez de los brazos de la molicie, ó del seno de la corrupcion y de la avaricia. Es un hecho la existencia de esos prodigios de virtud antes no conocidos: existe, pues, un principio fecundo que produce esos frutos divinos, y ese principio es uno mismo, es siempre un mismo espíritu, dice San

-
- (1) Gal. VI, 14.
 (2) I Cor. XV, 10.
 (3) Rom. VII, 25.
 (4) Philip. II, 13.
 (5) I Cor. VI, 17.

Pablo (1), porque en todo lugar y en todo tiempo ha dado los mismos resultados.

Ni se necesitan esos grandes ejemplos para acreditar la elevacion de ideas, de aspiraciones y de amor, que constituyen la vida divina. Preguntad á un cristiano sencillo y recto, examinad sus acciones, escuchad sus palabras, y encontrareis la idea de Dios dominando todas las ideas, la esperanza en Dios sosteniéndole en sus tribulaciones, el amor á Dios dirigiendo todos sus actos. La gracia, no solo inspira acciones heroicas y brillantes, sino que engrandece y santifica las más sencillas, elevándolas al órden divino, que hace obrar al hombre por Dios y para Dios, en vez de obrar por la pasion y el egoismo. No faltan tampoco, ahora como en otros siglos, esas transformaciones repentinas y esas grandes virtudes, que pasman y obligan á decir: *Digitus Dei est hic* (2). Son muchas y frecuentes, aunque permanecen ocultas á los ojos del mundo. El mundo aparta cuanto puede sus ojos de estos espectáculos. Son pocos además los que tienen el privilegio de atraer las miradas de todos, ni las busca el hombre, de quien Dios triunfa con su gracia: huye más bien de ellas para vivir, como decia San Pablo, vida escondida con Cristo en Dios (3). Solo de vez en cuando Dios, en su misericordia, presenta al mundo esos ejemplos de transformacion y de tránsito, de vida menos que de hombre á vida de hijos de Dios, para atraerle hácia sí con un golpe de luz divina. Nuestro siglo los ha visto. ¡Ojalá se hubiera aprovechado!

Detengámonos, y conocida la accion de la gracia

-
- (1) I Cor. XII, 4.
 (2) Exod. VIII, 19.
 (3) Colos. III, 3.

para deificar al hombre, veamos por quién y cómo se comunica esa vida divina. Es por Jesucristo; lo dice San Juan: «La gracia ha sido hecha por Jesucristo.» (1) Lo dice San Pablo: «La gracia de Dios por Nuestro Señor Jesucristo.» (2) Lo dice él mismo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida.» (3) El medio de comunicacion son los Sacramentos que ha dejado en la Iglesia Católica, y especialmente la Sagrada Eucaristía.

SEGUNDA PARTE.

La Encarnacion del Verbo, último grado á que puede elevarse la union de Dios con su criatura, estrechando sin confusion las dos naturalezas en unidad de persona, es el principio fecundo de la vida de la gracia que nos une con Dios, haciéndonos participantes de su naturaleza. En el Verbo hecho carne Dios se acerca á nosotros, y se salva la distancia infinita que separa al Criador y á la criatura. En Jesucristo, Verbo hecho carne, el Padre reconcilia consigo al mundo (4), borra el decreto de condenacion (5), y se destruye la obra del pecado, que impide la deificacion del hombre (6), quedando abierta para siempre la fuente inagotable de la vida divina, de que hablaba el mismo Jesucristo en el templo.

-
- (1) Joann. I, 17.
 (2) Rom. VII, 25.
 (3) Joann. XIV, 6.
 (4) II Cor. V, 19.
 (5) Colos. II, 14.
 (6) Rom. VI, 6.

«Si alguno tiene sed, venga á mí y beba, y en su seno se formará manantial perenne que salte hasta la vida eterna (1). Digamos, pues, con el Profeta: En ti, Señor, está la fuente de vida, y con tu luz veremos la luz de Dios (2). Todo en Jesucristo, todo por Jesucristo. El Padre ha puesto todas las cosas en sus manos (3): en él ha depositado todos los tesoros de su sabiduría y de su ciencia (4), en él habita corporalmente la Divinidad (5), en él está la plenitud de la gracia y de la verdad (6), y de esa plenitud recibimos todos, dice San Juan (7), porque por él se nos da toda la gracia.

Con la luz de la revelacion estudiemos esta accion de Jesucristo. Así como Dios quiso en la creacion de Adan enlazar el mundo de la materia con el de los espíritus, así se propone en su renovacion elevar uno y otro hasta sí mismo por la gracia, mediante el segundo Adan. Quiere Dios formar otra generacion y crear un nuevo pueblo como anunció al Profeta (8), engendrándolo en la persona de su Hijo, puesto que en su presencia no ha de valer el pueblo de la circuncision, ni el del prepucio, sino la nueva criatura (9), el pueblo de los hijos de Dios criados en Jesucristo en obras de santidad, y renovados conforme á la imágen del que crió al hombre en santidad y justicia de verdad (10). Esta nueva creacion en el ór-

-
- (1) Joann. VII, 38.
 (2) Psalm. XXXV, 10.
 (3) Joann. III, 35.
 (4) Colos. II, 3.
 (5) Id. id., 9.
 (6) Joann. I, 14.
 (7) Id. id., 16.
 (8) Jerem. XXXI.
 (9) Gal. V, 15.
 (10) Colos. III, 10.